

macedo

## Primero de enero de 1976

*Para Barrett, para Ariel*

Nada ha cambiado: no son ojos en fuga.

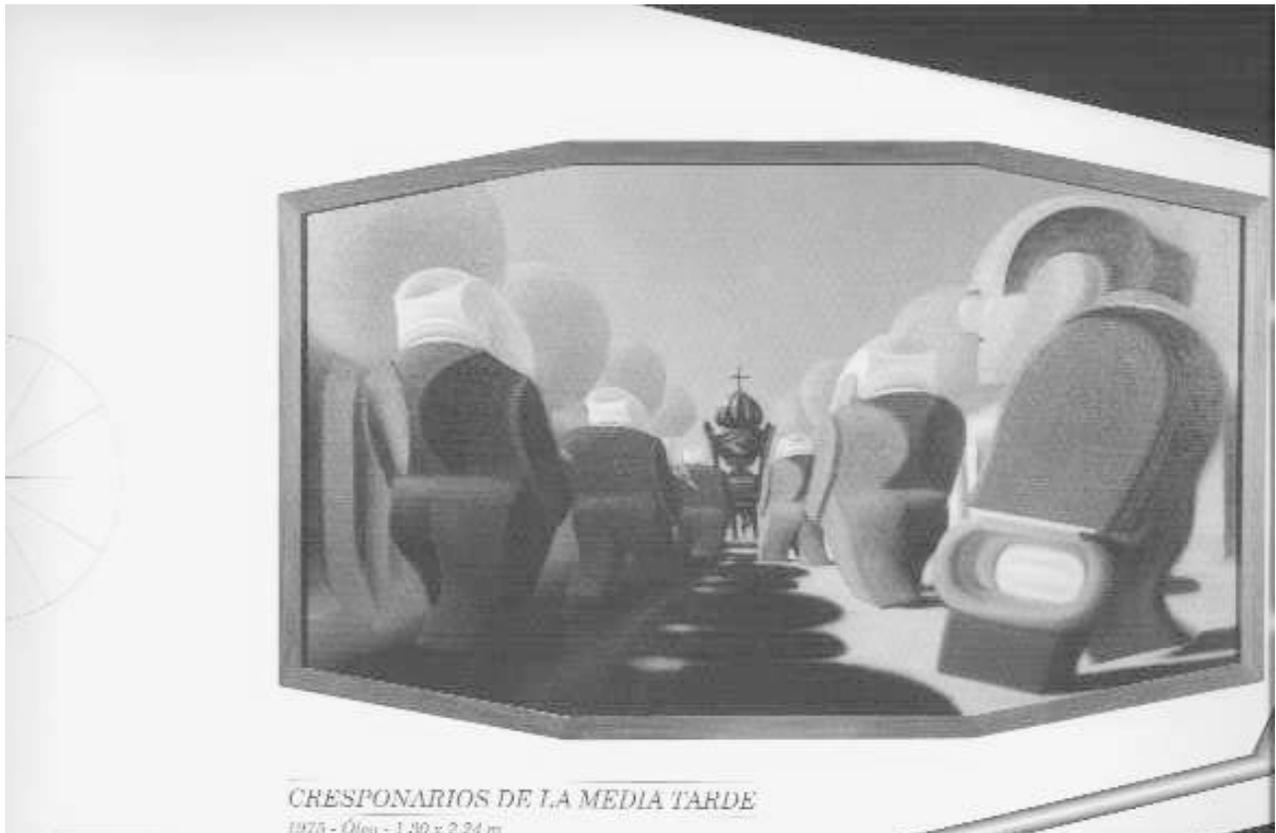
Es lluvia,

lluvia en las calles de todos los hogares;

llueve,

no cae, distribuye

los fundamentos que aún nos perpetúan



Manuel Espínola Gómez: "Cresponarios de la media tarde" (1975-óleo)

Ariel Rodríguez Quereilhac

# EL ALBA PRESERVADA

## Encuentros

Recostado a una de las paredes de los corredores de Fisiología, de donde era ayudante de investigación, con el cigarrillo en la mano –que nunca dejaba– me preguntó “¿Y vos que leés?” y con la cabeza ligeramente ladeada, la mirada sesgada y algo torva, esperó mi respuesta, que ya la suponía. “Novela, fundamentalmente”, le dije. Había acertado: “Ah, sí. Eso es lo que leen todos.” “¿Y entonces, vos, qué?”. “Yo sobre todo poesía” y agregó, como esperando mi reacción, “a veces también trato de hacerla”.

La última novela que había leído –y hacía ya tiempo– había sido “Guerra y paz”, de Tolstoi. Pensaba que era lo máximo a que podía llegar la novela. No tenía demasiado interés en comenzar otra. Aunque años después, ya instalado en Mígues, recibí para un cumpleaños “Los Buddenbrook”, de Thomas Mann, y gozó con ella, la que le pareció a la altura de “Guerra y paz”. La ciencia, la medicina y la poesía. De eso hablábamos. Pero eran los años 60’, el ruido era mucho en las calles, entraba por todos los oídos y era imposible ignorarlo. Eran los años de Cuba recién estrenada, de proyectos de una sociedad diferente donde “justicia” no debía ser una palabra vacía. Y tomar partido por la dignidad y por el futuro, porque ... *la dignidad no es un asunto personal/Si el futuro no es solo lo que sigue/sino lo que cambiamos/es lo que transformamos...*” escribirá más tarde en su “Durar II”.

Años después, los días aciagos del 70’ nos encontraron en el Hospital Saint-Bois. En tardes solitarias y a veces ominosas de 1974, fue desplegando sobre una mesa de hule gastado, las hojas de su primer “Durar”, publicado luego como plaqueta. Creo, no me cabe duda, que lo defraudé.

Era una poesía diferente, con un lenguaje que entendí barroco y un sentido que creí inaccesible. Entre líneas de ese lenguaje intuí el dolor de esa poesía, el dolor de la derrota, aunque no de un derrotado: “*Persistencia de estar: penúltima respuesta*”... “*porque ser y no ser/es la única evidencia...*” “*...aunque fueras el último y seguro/de las celebraciones del silencio/igual valdrá la pena/el alba preservada/acumulado el llano...*”.

## Mígues queda en Mígues

*“El destino de un hombre no es su destino, todo país es patria para un hombre y exilio para otro. Donde un hombre muere valientemente en unidad con su destino, ese suelo es suyo. Que lo recuerde su aldea.”*

T.S. Eliot.

A los indios que murieron en África

La Universidad intervenida, cerrada la carrera académica en la que con tanto afán iba a poner en práctica su concepción de la clínica, que tanto había discutido con Barrett, él, hombre del interior, Montevideo clausurado, clausurado quedaba también su proyecto de médico y medicina. Juan Carlos padece la derrota. Hombre del interior, decide que allí estará su radicación. Primero es Rivera, su pueblo, al que había dejado desde sus años de Facultad. Le escribe, como disculpándose por los años de separación: “*No debes esperar y soy el que regresa/Cierto es que imaginé una instancia diferente...*”. Pero no se queda allí. Mígues será su destino.

¿Mígues? ¿Dónde quedaba ese pueblo, del que casi ninguno de nosotros sabía de su existencia? Pueblo remolachero en el departamento de Canelones, cercano a Tala y Montes, pueblo que ya se iba

deshabitando ante el cierre inminente de Rausa. Pueblo en que el hombre, Mígues, violento, le niega a los ingleses el paso por sus tierras del ferrocarril. La estación, perpleja, quedará a cinco kilómetros del pueblo, sola, confundiendo al visitante primerizo. A ese pueblo de soledad, se iba Macedo. Guillermo Boido, físico, profesor de astronomía y poeta como él, le escribe desde Buenos Aires: “*...pero no estás solo. Somos más de dos; somos muchos*”. Si, no iba solo: iba con su familia, la poesía. Con la palabra. Con su teoría de lo que debe ser una medicina rural y comunitaria, y lo estampa, como declaración de principios y acción futura, en una de las paredes del consultorio: “La práctica médica general en el punto crítico del primer contacto/como área de investigación”.

Convencido que allí, donde había elegido, es donde debía construir su vida, descubrir, inventar la realidad. Como su amigo Manolo Espínola, que nos descubre un paisaje hasta entonces desconocido; como la poesía, que “*...como “poiesis” actividad racionalizada del afecto es productora de conocimientos a través de la palabra*””. Puede un hombre realizarse, crear, en Mígues como en París o Nueva York. No es el microscopio sino el ojo el que ve, se ha dicho, y la vida puede ganarse o perderse en París, Nueva York. O también en Mígues: “*Al perder tu vida aquí/las has perdido en todos los lugares*”, nos advierte Kavafis desde otra de las paredes del consultorio.

Es el comienzo de la vida en Mígues. Lleva rigurosamente el registro de los pacientes, de las patologías más frecuentes, gestiona la farmacia. Se conforma un equipo médico del cual él es la referencia y los datos se van convirtiendo en trabajos: sobre la prevalencia e incidencia de

la insuficiencia cardíaca, sobre las anemias en población añosa. El primer trabajo del grupo fue sobre aspectos epidemiológicos del asma. Logra el primer registro del pico de flujo en una crisis asmática y su lenta recuperación: *“En la práctica médica concreta me siento confortable. Sigo desarrollando el hobby del asma con hermosos registros de función ventilatoria de la crisis y crónicas, con el Air Flow meeter que Glaxo reparó hace años”*\*.

La dictadura le había robado los cargos, la Facultad cerrado sus puertas; pero no habían podido robarle la palabra, el oficio de la palabra, como él repetía recordando a Juarroz: *“...más allá de la pequeña miseria/y la pequeña ternura de designar esto o aquello,/es un acto de amor: crear presencia”*. Y de crear presencia se trataba.

Comienza a traducir para el grupo capítulos de un libro de medicina familiar y día a día, continúa escribiendo lo que al final fueron tres cuadernos que llamó “Ajedrez clínico”. Allí registraba con su letra de escriba, lo que aprendía de la práctica diaria, de los pacientes, de los libros. También sus reflexiones sobre la clínica y la medicina.

Con el grupo comienza los ateneos. Invita a los otros médicos del pueblo, que solo responden con el asombro. Compañeros montevideanos del insilio asisten regularmente: Gómez Haedo, Beto Avellanal, Cirilo, Acosta y Lara, Gilardoni, Paulette; a veces, Quique Bodega. Luego aparecen otros nombres: Manuel Espínola Gómez, Beto Oreggioni, Wilfredo Penco. Y los ateneos de los sábados, médicos de mañana, se hacían culturales, parrilleros y tintos después del mediodía.

El Padre Miguel Ángel no concurría a los ateneos. Por las tardes y las noches, tenían él y Juan Carlos ateneos personales. En la parroquia o en el consultorio, se hablaron sobre la vida, los enfermos, el sufrimiento y el aislamiento que la enferme-

dad determina; del dolor de la angustia, de la muerte; seguro, de la ausencia o la presencia de Dios. Hay evidencias que de esto se hablaron. Juan Carlos, no me cabe duda, habrá insistido sobre la poesía como lugar de encuentro –ante todo–, y de cómo para el médico que supuestamente trata a diario con ella, la muerte suele ser una ausencia. Porque la muerte, dirá, no es curricular, no tiene biografía en nuestro mundo cotidiano: *“...la medicina no puede con la muerte, porque es el dolor el que funda la medicina, no la muerte”*, dice en editorial de *Compendio*.

Tiempos oscuros y de prepotencia: si los pretoros querían el silencio y la muerte en vida, había que crear presencia: con Hugo Dibarboure, Barrett Díaz y Homero Bagnulo, fundan la *Revista Médica del Uruguay*, publicación del Sindicato Médico, *“como un acto de reafirmación de la presencia del gremio, de la legitimidad de su vigencia como acto de claridad y de reunión desde nuestra especificidad, como acto de civilización en tiempos de barbarie”*, escribe en el primer número de agosto de 1974. La barbarie cerró pronto la revista. La palabra no cesa y en marzo de 1978, con un grupo de entonces jóvenes estudiantes, Gonzalo Aiello, Elbio Paolilo, Luis Bibbó, sale el primer número de *Compendio*, en sus palabras a Barrett, *“Se avizora una revista médica “Compendio”... (que)...debe haber salido hoy. Diferente a nuestra RM del U, no difiere el propósito, de ofrecer cierto campo gnoseológico orientado...”* \*. Escribe sus poemas, su *“Durar II”* y *“Durar III”*, los editoriales para *Compendio* y ya cerca, en 1998, con H. Dibarboure edita el libro *“Introducción a la medicina familiar y comunitaria”*.

Antes de 1997 ya había ejercido una presidencia: la de la Liga de Fútbol del Suroeste de Canelones. Quedaba una todavía. Con su enfermedad ya avanzada, aceptó el reto: *“No piensen que vengo a destruir nada aquí; el objetivo debe ser construir”* y fue el 67° Presidente del SMU. Pero eso lo evocan en este número J. Lorenzo y H. Rodríguez.

Y el libro conjunto –¿será el último?– con

Manolo Espínola cuyos avatares, tan deliciosamente, cuenta Ana Inés.

Hoy pues, la pregunta “¿Qué es Mígues?” “¿Dónde queda Mígues?”, tiene una sola respuesta: “Mígues queda en Mígues”.

### Resurrección en la vida

Juan Carlos: si –Borges dice– la obra más importante de un hombre es la imagen que deja de sí mismo en la memoria de los otros, por tu sabiduría silenciosa y humilde que supiste repartir, por lo que has construido, porque has dicho cosas como que: *... la libertad es una práctica de acuerdo con la vida*, o que *“no hay luz sin consecuencias”*; que debemos preparar el llano para preservar el alba (que tal vez un día pintará Manolo), por todo eso es que te decimos, parafraseando al Juan Ramón que me enseñaste a gustar: Juan Carlos, moriste en los sueños; resucitaste en la vida.



Serenísimo paisaje sin cabeza

\* Extractos de carta a Barrett Díaz en Santa Catalina, Venezuela.

Jorge Lorenzo Otero

# De tarde, en Migués

Hacer es estar solos  
con el sueño de todos cuando duermen,  
a veces, aún más solos:  
Construir es la única decencia, eso es saber.  
La novedad que insiste  
hasta el estado de naturaleza

Juan Carlos Macedo  
Pueblos: Resistencias  
Durar III 1986

Conozco a Juan Carlos desde hace muchos años. Meses más o menos tenemos la misma edad.

Por respeto y pudor a nuestra mínima historia, digo que la íntima amistad nos fue ajena. Digo también que a lo largo de cuarenta años, compartí con él más asuntos que los que mi memoria puede.

A principios de los sesenta pertenecíamos a las Juventudes Socialistas. Supe de él antes de conocerlo. Macedo en Facultad de Medicina, yo por ingresar. Alguien lo mentó, como enlace o referente.

Un flaco alto, algo desmañado, de cara entre pálida y azulena, pausado en el gesto y la palabra. Lo recuerdo interesado de una manera lejana en los apremiantes asuntos políticos que, para mí, decidían el futuro de la Humanidad.

En esos años prometía respeto.

Sospeché su superior intelecto, me asustó su posible desapego.

Después comprendí que era un hombre cabal. Cabal en su entusiasmo comedido, en su visión científica del aprendizaje de la medicina, en su práctica clínica y social: duradera confirmación del otro como prójimo.

Tenaz en los sesenta, cuando la sensatez se esfumaba y entretejía sus hilos con la esperanza y la alucinación.

Recatado, escucha sagaz por naturaleza y decisión, supo tempranamente que «el aguante» era el modo simple de discriminar entre lo necesario y lo importante.

Macedo primero, yo después y tantos más, nos «hicimos» comunistas; tal vez para siempre.

Pasaron los años y los avatares de la vida sindical me llevaron a Migués.

Esta es la crónica de un corto viaje, seguramente engañosa o incierta en sus detalles.

En 1996 los médicos me eligieron para presidir el SMU.

Al término del período estatutario, diversas circunstancias hicieron imposible mi perma-

nencia en el cargo.

Por convicción y compromiso nos obligamos a seguir una larga tradición de honestidad, buen juicio y autoridad. La Agrupación Fosalba, soportaba el compromiso de gobernar un sindicato profesional cuyo objetivo es la defensa de los intereses médicos, depositario de una larga tradición de compromiso social y responsable de la orientación de un complejo cúmulo de instituciones.

El Gremio había sufrido con claroscuros durante los noventa dolorosas escisiones: la creación de la Sociedad Anestésico-Quirúrgica, el plebiscito y asamblea de regulación de ingreso a Facultad de Medicina, el proyecto, malogrado, de creación de una AFAP con fuerte participación del SMU. La violación a las reglas de la ética médica retornaba ominosa y corrupta a modo de estafa a organismos públicos y privados.

El SMU merecía un presidente que ajeno a los rencores individuales y sectoriales pudiera cumplir con sus objetivos históricos.

La fragmentación del Gremio impedía identificar una personalidad independiente de los problemas domésticos, dueña de la dimensión personal e intelectual capaz de asegurar una gestión eficaz. «Alguien como el Beto Avellanal»: esa era nuestra consigna.

El tiempo corría sin soluciones.

Durante un acto en Facultad de Medicina, desde lejos, vi a Juan Carlos. Un compañero, pocos días antes, había recordado su práctica médica, su «exilio» canario, su supuesto desperdicio para la vida académica y sindical.

Macedo, desde su particular identidad escapaba, «por protocolo», a los problemas político-sindicales que paralizaban al Gremio en esa época.

Capaz de no alzar la voz y de jugarse la vida, dirigente de las ligas de fútbol del interior de país, médico de familia, personaje, parecía evidente que desde su completa pertenencia y su relativa ajenidad era el tipo indicado para presidir el SMU.

Mi dedicada voluntad para concretar esa idea –jugando en mi mente a modo de escorzo en negativo– representó íntegra la figura de Macedo entrepensada durante años.

La historia, siempre incompleta, se agota en detalles menores.

El viaje a Migués en una tarde temprana, la comprobación de que mi teléfono celular no comunicaba con nadie, el recibimiento colectivo de Juan Carlos: Elbio Paolillo, antiguo amigo de Juan Carlos, una joven residente aplicada entonces a la redacción de historias clínicas que años después resultó ser Jacqueline Ponzó, un ambiente amplio, cordial y desordenado. Mi reserva para ofrecer frente a «tanta gente» la presidencia del SMU; la respuesta de Juan Carlos: «estamos en familia».

No recuerdo la conversación y menos sus detalles, pero el hombre dijo que sí. Le preocupaba la postergación de una gira poético-musical con la que hacía tiempo estaba comprometido, quizás otros asuntos, menores desde mi entendimiento.

Entretanto, yo pensaba en el teléfono celular, silencioso y mudo en Migués, en la gira próxima y ominosa, en la inminencia de las elecciones sindicales, en la poco novedosa pachorra del personaje y temblaba de miedo.

No puso reparos ni porqués; no parecía preocupado por los motivos, las obligaciones o sus consecuencias.

Preguntó como al pasar: ¿cómo anda Huguito Rodríguez?

–Huguito está bien, respondí

Hugo Rodríguez fue su vicepresidente durante cuatro años.

Aceptó Juan Carlos. Volví a Montevideo aliviado y feliz, sabiendo que estábamos en buenas manos. Una tarde que duró tan sólo noventa kilómetros pero que me enorgullecerá por siempre.

Su presencia significó un cambio cualitativo para el SMU. Estas razones, entre otras, hacen que hoy sea nuestro querido y duradero referente.

Miguel D'Agosto, Daniel Díaz, Mario Estefan, Clara Niz, Jacqueline Ponzo\*

# Migues queda en Migues

Construir desde la pequeñez exige grandeza. Juan Carlos, un hombre que en cualquier pronóstico estaba destinado a transitar por sedes académicas, a usufructuar tribunas de elite; estaba en el Noreste de Canelones. Extraer de la tierra su fruto es tarea bien conocida por los agricultores de la zona. Extraer conocimiento de un sitio tan cercano de la tierra y tan alejado de la academia era por lo menos un desafío. No es sencillo siguiera hoy dimensionar tal grandeza de espíritu y de valor.

En tiempos en que hablar del primer nivel de atención es lugar común, o moda, o fórmula económica viable, o recomendación de organismos internacionales, hablar del legado de Juan Carlos Macedo para la Medicina es hurgar en las raíces humanas, filosóficas y científicas de una práctica médica que se funde y surge a la vez del estrecho contacto con la gente, a través de un trabajo sistemático y dedicado.

El Uruguay sigue teniendo materias pendientes en estos asuntos de la medicina y su organización, del trabajo médico, de la praxis. Hay vertientes, opiniones, experiencias, proyectos. Pero hay aún vacío de definiciones. Es oportuno, entonces, rescatar su legado; compartirlo.

**La practica médica general, en el punto crítico del primer contacto, como área de investigación.**

Grupo Migues

**Sólo lo verdadero canta.**

Boído

**Al perder tu vida acá la has perdido en todas partes.**

Kavafis

Eran los textos inscriptos en las paredes del consultorio del Grupo Migues. Para cualquiera de nosotros comprender el diálogo de Juan Carlos fue inicialmente difícil. Se necesitaba un bagaje de conocimiento y una visión anticipadora para poder involucrarse en su discurso. O comprender su monólogo abierto, —que tal vez eso era—, invitando siempre a la participación comprometida y sobre todo reflexiva.

El Grupo fue concebido en primer lugar como forma de trabajo médico. Lejos del eslogan del trabajo en equipo, la meticulosa gestión del trabajo organizado sobre la base del Grupo como referente fue una de las insignias. Grupo ante todo humano, con las dificultades y carencias que eso tiene: con las diferencias de carácter, de aptitudes, de necesidades, de procesos individuales, para lograr desde esa diversidad, la solidez de un referente colectivo para la comunidad.

*“El médico no puede trabajar solo, porque solo cada vez más va dejando de pensar en la medicina para pensar en el auto, en la casa en la playa, en las vacaciones en Europa...”* En Grupo existe la exigencia y el compromiso mutuo, existe la mirada atenta permanente del otro, existe la motivación para mantenerse pensando en medicina. Y junto a esto, la tolerancia, siempre la tolerancia, que no es lo mismo que falta de exigencia.

Médico estable para población estable.

Esa era la idea. Una vez establecido el vínculo con la población, uno es responsable por ella. Y la gente no tiene hora de enfermar, ni de morir, ni de sufrir. La puerta abierta las 24 horas, con el médico allí, fue una forma de fidelidad a la población a la vez que práctica moldeadora del espíritu del médico.

Porque es a la noche, cuando los enfermos cesan de llegar y gana el silencio, que se puede pensar, y leer, y escribir.

Juan Carlos se instaló en Migues a fines de los años 70 y radicó allí su medicina hasta el fin. Un cuarto de siglo en el cual las interrupciones de su dedicación al trabajo del Grupo Médico fueron las brevísimas y puntuales planteadas por el contacto con el fútbol de OFI o con la Facultad de Medicina, como docente unas veces, como claustrista otras.

*“Porque uno puede dejar de lado muchas cosas en la vida, pero algunas nunca. La Facultad es una de ellas.”*

En los últimos años no fue sencillo al Grupo adaptarse a su distancia, cuando el colectivo médico lo requirió como Presidente del SMU. Juan Carlos no hablaba demasiado, *“de lo obvio no se habla”* —decía. Y como en la escritura, el uso del lenguaje oral era preciso, austero, contundente; pero no por eso carente de ter-

nura, que todo lo contrario.

Recuerda uno de nosotros aún, el día en que, a consecuencia de un olvido en relación a una actividad docente, recibió un telegrama colacionado enviado por Juan Carlos:

*“La irresponsabilidad no es favorable”*

El respeto humano que trasuntaba su vida entera, impregnaba sus palabras de una autoridad verdaderamente excepcional, que en todas las situaciones no era más que una invitación permanente al desafío de la vida.

*“La eterna novedad es la vida que no acaba”*  
(Buena Jornada – Durar III)

Desde tal grandeza, el consultorio no podía ser otra cosa que un espacio abierto y colectivo.

Un espacio de la gente y de un colectivo médico.

La puerta abierta las 24 horas fue la forma de entregar en manos de la gente la decisión del horario de funcionamiento. Colgar de las paredes las gráficas surgidas del análisis de esa población fue otra forma de pertenencia mutua. La gente se sentía protagonista de esa ciencia y se sentía querida con ello; querida y valorada, igual que en el trato afectuoso y comprensivo que recibía en el consultorio.

Igual aunque distinto. La consulta era como la intimidad de una relación amorosa entre Juan Carlos y la gente, y la dimensión social del vínculo estaba en el espacio colectivo que ofrecía la investigación epidemiológica.

Uno a uno, todos nosotros fuimos invitados sin recelo a ser partícipes de esa entrañable relación (de esas entrañables relaciones) cuando llegamos a Migues.

Generosidad sin par de Juan Carlos que fue piedra angular del “durar” del Grupo.

El Grupo como materialización de una forma diferente y legítima de praxis.

Hoy tal vez no es motivo de asombro que alguien pretenda hacer medicina de calidad en el primer nivel de atención. Ni siquiera será novedoso plantear la importancia de realizar investigación en ese punto.

Pero lo que hoy como hace 25 años sigue siendo una rareza, en Migues, Cuernavaca o

Naplusa, máxime en el ámbito médico, es esa concepción de trabajo colectivo.

“Acá no quiero mercenarios de la medicina”. Lo que Juan Carlos quería eran médicos haciendo medicina, pensando medicina, creando medicina.

Cuando el devenir va jerarquizando los aspectos no médicos de la salud, la necesidad de redimensionar los servicios de salud tornándolos más comunitarios, más preventivos, menos hegemónicos; hablar de medicina a secas puede parecer a algunos casi una herejía. Pero es que la medicina tiene su lugar. Que no es necesariamente biológico o hegemónico (aunque sí muy médico), y baste para fundamentarlo el legado de Juan Carlos. Por ejemplo, el diagnóstico.

Juan Carlos vivía y transmitía pasión por el diagnóstico. Pasión por la aventura de encontrarlo, por la experiencia de buscar en la anamnesis, en el examen, en los libros, en las historias del pueblo, o en las revistas científicas, datos orientadores para alumbrar una respuesta a cada una de las situaciones complejas que llegaban, a veces en forma puntual, a veces extendidas en el tiempo.

“Luego de ver a D y revisar su historia, creo que la interpretación que mejor se aviene, es la de insuficiencia cardíaca clase I bajo tratamiento actual. Es alcoholista e hipertenso, pero sobre todo, ECG del 18.V.98 muestra patrón de infarto anterolateral Q en DI, aVL, VI, V3

o por lo menos R que no crece hasta V4-V5; aparte la fibrilación auricular. Es decir, el hecho central parece ser la cardiopatía isquémica. La hepatopatía supuesta no tiene evidencias que la sustenten. Las oscilaciones clínicas de su tamaño deben verse como cambios de hígado congestivo “cardíaco”. La eco muestra hígado normal y bazo normal por lo que el informe de gastropatía por hipertensión portal no corresponde. La confusión viene por el alcoholismo y la atribución al mismo de todos los males. Un psicoanálisis de café diría que es la necesidad de señalarle culpas a D por transgredir la norma.” (16.01.99)

Esa pasión también estaba en la permanente actividad de sistematización: los cuadernos meticulosamente manuscritos con los criterios diagnósticos de patologías frecuentes y poco frecuentes, pacientemente rastreados de libros y libros.

Lo máximo que cada uno de nosotros sabía del diagnóstico de la insuficiencia cardíaca era la agrupación sindrómica, los circuitos mayor y menor, etc, etc. Pero allí están, en el cuaderno marrón, los criterios diagnósticos del Estudio Frammingham, seleccionados para establecer el diagnóstico en Mígues.

Igual pasó con el asma.

Aún hoy, los residentes de Medicina Familiar y Comunitaria, cuando llegan, buscan el asma con el estetoscopio. También fue en Mígues que todos nosotros aprendimos del valor diag-

nóstico de la medición del flujo espiratorio, su práctica posible en el primer nivel de atención.

Juan Carlos tenía esa cosa de escuela francesa, de disfrutar la nosología, –con nombre y apellido incluso–, recordando síndromes y enfermedades raras. Tenía también, y desde mucho antes que Sackett se hiciera famoso por su medicina basada en la evidencia, esa otra cosa de escuela anglosajona, de rigurosidad metodológica, de búsqueda de evidencia, de duda permanente, de duda que alimenta.

Pero por encima de una y otra, tenía un humanismo sin igual, gestado en cielos de Arroyo Blanco, en salas de tuberculosos del Saint Bois, en noches de vigilia y de lectura, en canchas de fútbol, en horas de poesía y cigarrillo, en Mígues...

Y desde ese humanismo, su pasión por la gnosología, por el conocimiento, por el saber sin fronteras, sin esquemas.

Un intento no concluido fue el de integrar un grupo de filosofía en la Facultad de Medicina, un grupo que se adentrara en la filosofía de la medicina. Quedó pendiente.

“Las historias son nuestro capital”, decía mirando con orgullo el conjunto creciente de sobres manila en el archivo.

Es cierto. En Mígues se aprende no sólo leyendo libros sino también leyendo historias clínicas. Y allí hay sustrato y herramienta no solamente para la práctica clínica, sino para la



En Mígues 2ª época:  
Miguel D'Agosto, JCM,  
Hugo Dibarbouré, recién  
llegado, Mirta Flores,  
Griselda Meneghetti, a  
extrema izquierda,  
el fotógrafo

investigación en cualquiera de las áreas planteadas en el Programa del Grupo Médico Mígues: *Clínica, Epidemiológica, de la Actividad*.

Si un desconocido quisiera descubrir quién era Juan Carlos Macedo, tendría dos caminos posibles: leer su poesía o leer sus historias clínicas.

En su historia clínica confluyen la pasión por el diagnóstico, el trabajo metodológicamente planteado, la reflexión, el respeto por el enfermo, el compromiso con la medicina y con el grupo; ensalzados en exquisita redacción y caligrafía única.

Por eso, si hubo que aprender de asma o de traumatología a su lado, cuánto más de semiología. De su forma de obtener el dato, de mirarlo hacer eso que luego leímos de sus manuscritos:

*.escuchar, y en segundo lugar interrogar sobre: ...*

*.escuchar + observar*

*.escuchar + observar + cotejar*

*.escuchar. observar. cotejar. reagrupar la información*

Todo eso hecho desde una actitud expectante, científica y humanamente expectante, sin invadir al enfermo, sino favoreciendo un espacio donde éste, cómodo, fuera poco a poco desnudando síntomas, signos, sentimientos, o

los verdaderos móviles que lo traían a la consulta. Ayudaba a eso con breves y acertadas preguntas que hacían personalizada la semiología. Entonces, mientras uno venía y preguntaba, anónimo e impersonal: *¿cuántas cuerdas camina sin detenerse?, Juan Carlos preguntaba: Ruben, ¿puede cargar el balde lleno de agua desde el pozo a la cocina como siempre?* Otras veces, mientras uno se enredaba en un ATILIEF de angor, Juan Carlos resumía la consulta en: *¿Cómo van las cosas con Fulanito?*, y habiendo dado en el blanco con el verdadero interés de la enferma, nos robaba el diálogo torpemente iniciado, atrapado uno en la somatización ofrecida y el biologicismo matizado.

*“Tantas historias como situaciones”*, escribió en el costadito de una hoja de apuntes reflexivos que eran pura teoría de la historia clínica.

Mandato ético y científico, conocer a la persona que llegaba en cada enfermo era concebido por Juan Carlos como componente fundamental del proceso diagnóstico.

*“el internista es el que más sabe de la enfermedad, y nosotros los que más sabemos de los enfermos”*

Resulta apenas escaso y torpe lo que uno puede decir de lo que fue Juan Carlos, de lo que hizo, de lo que nos dejó.

Pero si se piensa además en lo que pudo ser, entonces la capacidad de dimensionar no alcanza.

Porque el Grupo Mígues fue, además de todo lo dicho, resistencia.

Otra habría sido la historia sin dictadura militar. Tal vez otro el lugar de Juan Carlos en el Mundo, en la Medicina, en la Facultad. Tal vez otro Juan Carlos.

Pero las circunstancias hicieron esto, y tal vez fortuitamente llevaron a Juan Carlos al único sitio donde podía producir el conocimiento para el cual su humanidad estaba determinada: tan cerca de la tierra.

*“Qué paradoja pues  
soñando con París un año entero  
fracasado tu amor  
no la existencia  
vengo a saber ahora  
que en realidad soñaba con la vida  
y París era el proyecto no cumplido  
aquí  
en mi propia tierra”*

(Cambio de Frente – Durar III)

*“París no existe”* –dijo, *“Mígues es París”*

Y Mígues queda en Mígues.

\* Grupo médico Mígues.

La plaza de Mígues en el día del homenaje a Juan Carlos Macedo: el pueblo estaba en la ceremonia



Tatiana Oroño

# Durar en la poesía

Afecto fue la respuesta de Juan Carlos Macedo a su “*diagnóstico de derrota*” como él decía, en jerga médica. (“*Sin oportunidades, nos han dejado apenas; abrazo en vuelo; la acumulada en otros construcción/ de qué victorias?*”) El afecto fue cura, medida de la salud, *pharmakos* salvador. (“*Y no hay voz duradera sin afecto*”; “*Y (vano) es el esfuerzo, basta/ que el amor no muera*”; “[...] un adentrarse cierto al conocer/ en el momento que golpea el afecto/ e ilumina”). Medida que excedió siempre la medida porque el afecto trasciende al sujeto, lo excede. Así como la poesía excede su estatuto letrado cuando se hibrida con el discurso científico, con el coloquio, hasta con el cuerpo de un telegrama: “*la poesía ordena./ Las palabras en el límite del desorden/ desorden del afecto/[...] no termina el abrazo que uno a uno/hoy me comprueba./ La vida son ustedes y termino lo perdido/ y nada empieza/hemos estado juntos para siempre.*”<sup>1</sup> Porque la poesía está hecha para “*seguir viviendo*”, escribe. (“*Habiéndome ocurrido una afición temprana por el aire/ por los pulmones llenos [...] decidí que la poesía debe seguir viviendo/ al paso del que pasa,/ en el mismo camino*”).

Decía que le costaba trabajo escribir. Que le llevaba tiempo. El tiempo fue tema y eje de coordenadas (*Durar* es título común de toda su obra). Y el lugar, también (la *Poesía vertical*, de Roberto Juarroz, es referencia cardinal en su producción). La problemática de tiempo y lugar en su caso no puede considerarse al margen de la historia, ni fuera del territorio material y simbólico de la dictadura uruguaya, sino en el contexto de desplazamientos determinados por ese período de inseguridades. (“*Y nace repentino/ He ahí que puede confundirse la morada/ con un golpe de suerte/ [...] se hace lugar vecino cualquier parte*”<sup>2</sup>) El camino del exilio interior, el inxilio o insilio, fue el suyo. Su obra no puede ser considerada aparte de esa peripecia oximorónica: la de ser un desterrado de adentro, implosionado hacia el “afuera” del Interior del país. En marcha atrás al futuro de la Doctrina de la Seguridad Nacional, a punto de partida del asalto sesentista a los cielos. (“*Nadie puede probarse pequeño o extranjero/ desde que el trazo absorbe o recupera/ el espesor sin fechas del paisaje// Tampoco sobra entonces la sorpresa/ Son hombres en silencio/ en sus lugares*”)

El lugar que su vida y su escritura elevaron a categoría de *aleph* fue Mígues, espacio multitemporal, enmarcado en el presente perpetuo de los pueblos olvidados. A él se refiere en “Bases de acuerdo: fragmentos”: “*En Mígues, Arroyo Blanco, u otros pueblos, hoy, hay quienes desconocen que unos y otros existieron. Entre los tres ninguno se recuerda. Dicen que hoy, comprende a todos en la misma fecha; que es la misma historia. No es cierto. No es el tiempo, sino la duración en la poesía, el sitio de reunión posible.*” Se trata de duración en el afecto ceñido, y crecido, por el decir. En la conversación, puntualizaba que *durar* ya era vencer<sup>3</sup>.

La poesía de Juan Carlos Macedo articula una lengua fronteriza. Su realización verbal fuerza normas gramaticales, límites disciplinares, códigos nosológicos. La versificación, sentenciosa, disocia concordancias (género, número, tiempo verbal) para instaurar un decir de sabiduría que establece zonas disonantes, de fricción, con la lógica sintáctica y, muy probablemente, con otros niveles pedagógicos estratificados en el discurso aforístico, que aquí suena distinto. De sus máximas no se extrae una regla así nomás: “*Ninguna claridad rinde el presente*”; “*La dignidad no es un asunto personal*”. Aunque era riverense, nacido y crecido en la frontera con Río Grande do Sul, no me refiero a interferencias del portugués en la norma de su español. Sino a algo mucho más amplio, a una asunción de la complejidad representacional, y de la vida misma, que trae aparejada una locación cultural de aluviones, trasiegos (“*Como la tierra la verdad no nace,/ es sólo un crecimiento que transforma/ así el dolor en casa:/ América Latina*”). La noción de frontera comporta la virtual movilidad de los límites y/o su transgresión. Si se entiende por “límite” la divisoria establecida jurídicamente entre dos soberanías o circunscripciones, la “frontera” sería la dinámica zona de interacción entre ellas. La “frontería, antiguamente sinónimo de frontera—recuerda Abril Trigo<sup>4</sup>— indicaba también la acción de hacer frente, de construir, abrir”, y por lo tanto sugiere “más espacio que línea, más territorio que mojón”.

En “Márgenes”, texto del primer *Durar* (1974) hay una reflexión abarcadora: “*En ajuste de cuentas/ el tiempo no es variable adecuada/ pero el ascenso/ la frontera quebrada-in-*

*corporada/ Toda acción las incluye.*” A. Trigo señala que el intelectual latinoamericano ha estado “desde siempre condenado a los márgenes de la episteme occidental”. Se desprende que ha sido siempre un fronterizo a los núcleos duros de pensamiento dominante, “pero del lado de adentro”. Desde la perspectiva periférica la inversión es, como en el mapa invertido de Torres García, la imagen vista al derecho: “*un instrumento de medida inútil/ el centro*”, escribe, en “Alba adquirida”, el poeta.

Es posible medir esta afirmación de un Macedo fronterizo, en lucha de recuperación y conquista simbólicas, confrontándola con un tramo, significativo, de su obra. No es casual que su proyecto editorial, incumplido a la hora de la muerte<sup>5</sup>, haya sido el diálogo poético con las pinturas “*polifocalistas*” de Manuel Espínola Gómez. Un diálogo no solo, como es obvio, interdisciplinario, sino tensado por una vocación de ir más allá del cruce entre dos lenguajes artísticos hacia la articulación de una *koiné* transdisciplinaria. Una lengua franca “hablada” tanto por la recepción poética de la obra pictórica, como por la puesta en página (pentagonal) de cada texto, su diagramación e incluso su lectura. Una “lengua”, en el caso de ese libro (de formato octogonal) en colaboración, articulada para registrar tanto el derroche como la máxima economía semiológicos. Una lengua que redefine su adentro/afuera, códigos de pertenencia y su comunidad de hablantes. Me detengo un poco en este ejemplo porque este objeto editorial, atípico, propone un tipo de lectura multívoca. Sus elementos entrecruzados interpelan un universo específico y genérico a la vez: el de “*los plurales*”, para decirlo con una expresión del propio poeta<sup>6</sup>. Es decir, un universo donde el espesor semántico de las pluralidades intra y extra-artísticas se conjugan e intensifican. Tal libro es el contrapunto de dos lenguajes dominados con maestría. Pero también representa una utopía de recuperación o amasado de identidad, trascendida a experiencia de diálogo, por parte de dos uruguayos que transitan la segunda mitad del XX provenientes de generaciones sucesivas. El contacto fue en 1975, el obsesivo “Año de la Orientalidad”, saturado de marchas militares. Las “Sonoras siestas lejaneras” de uno repican en el “*De Arroyo Blanco en siesta*”, del

otro. Ambas infancias pueblerinas junto con vivencias del campo y de la cultura campesina se muestran configuradoras de estructuras de sentimiento. Y tal vez, de lenguaje.

Montevideanos marginales a su manera, los dos, tuvieron en común patrones lingüísticos no estándar, usos de la lengua que, supongo, debieron inducir a proyecciones, identificaciones, al recíproco reconocimiento. La escritura de ambos (porque el pintor también practicaba la escritura, incluso la artística) registra particularidades que, quien los escuchó hablar, vincula a sus realizaciones orales. Creo no errar si afirmo que coincidieron en la importancia dada a la emisión de la voz, al discurrir conversacional, al logos reflexivo y también, al silencio. "Vuelve el silencio a consumir su acto/ de vasto peregrino", escribe el poeta ante el cuadro "La luz, las distancias y las horas". Y aventuro la hipótesis de que aquellos comportamientos relacionales fueron marca de culturas rurales que ellos, Macedo y Espínola, actualizaron con esmero, a la vez que efectuaban sus propias reinscripciones en la bohemia de tertulia de café, en la gestualidad pública del foro o la asamblea, en el ateneo profesional. Tal margen de afinidades se registra también en los ángulos escogidos para fotografiarse juntos: de espaldas, a contraluz. Como en una foto-provocación surrealista forzada a otra vuelta de tuerca. Escribe Macedo en las últimas líneas del libro: "*La poesía es experiencia de los únicos puntos a los que nadie escapa, lo común: los límites. Poesía, es decir, ni más acá ni más allá, sino en el límite, de lo que por su presencia, ya no tiene. Es ese límite de lo ilimitado, que constituye una duración.*"

Esa es la dimensión de lo fronterizo en la poesía macediana, la praxis del contacto, y apostar a los intercambios que la inscriben. Su escritura es un sitio "otro" donde las voces de los vencidos se congregan, se entrecruzan y existen, resisten al temporal, duran. "*No son ojos en fuga./ Es lluvia, [...] no cae, distribuye/ los fundamentos que aún nos perpetúan*". Y en el territorio de la duración oficialen movimientos, despliegan estrategias vitales. Allí donde estén y sean reactualizan/reactualizarán "*la necesidad de transformar la vida*".

Montevideo, setiembre 2004.



"Sólo lo verdadero canta" (Boido). Camino del Saint Bois

Sin oportunidades,  
nos has dejado apenas;  
abrazo en vuelo;  
la acumulada en otros construcción  
de qué victorias?

Pero no iguala la muerte,  
sólo es equidistante  
como el infinito

Oh las opacidades frutales del poniente

Texto para el óleo de Manuel Espínola Gómez "Cresponarios de la media tarde", del libro *Entrada libre: lecturas*, obra póstuma (Montevideo, Ed. Cal y Canto, 2003)

1. Texto de un telegrama enviado por J.C. Macedo a la Asociación de Escritores del Uruguay con motivo de la recepción a tres escritores que habían sido liberados (1984). (*La Hora*. Montevideo, 7/7/86, p.2).
2. "Poema 8", *Ocho poesías de Juan Carlos Macedo sobre ocho cuadros de Manuel Espínola Gómez*, Cal y Canto, Montevideo, 2003.
3. "La eterna novedad es la vida que no acaba". Oroño, Tatiana- Elder Silva. *La Hora*. 7/7/86, 2-3: "Porque los otros ganaron y vos perdiste. [...] Y partimos de la base de que si nosotros duramos, ganamos siempre."
4. "Fronteras de la epistemología: epistemologías de la frontera", Revista papeles de Montevideo, N°1, Trilce, Montevideo, 1997: 71-89.
5. El proceso de edición culminó gracias al concurso del Dr. Antonio Turnes en oportunidad del homenaje organizado por la comisión de la Casa de los Escritores del Uruguay-en formación (Elbio Chítaro, Tatiana Oroño), con adhesión del SMU, el CASMU y sobre todo, la comunidad de Mígués (31/05/03).
6. "¿De cómo en este punto sus plurales?": "Acuerdo", *Durar III. Resistencias*. Arca, Montevideo, 1986. (Comentario en: Oroño, Tatiana. "Discurso poético e insilio. De cómo en este punto sus plurales (Sobre la obra poética de Juan Carlos Macedo)." Revista *Hermes Criollo* N°6, Montevideo, Agosto-Noviembre 2003: 74-86. )

Hugo Rodríguez Almada

# El 67° Presidente del SMU

*estoy "dileando" con un alma que no puedo entender  
y me arrastro, me arrastro entre las sombras  
entre la niebla de la vulgaridad*

Charly García

Más de una vez se ha dicho que el Sindicato Médico del Uruguay supo darse presidentes a la medida de las principales tareas impuestas por las distintas coyunturas históricas.

Hay presidentes inexorablemente asociados al período de la reconquista de la democracia y la recuperación del propio Sindicato, otros a la lucha por la ética médica y los derechos humanos, otros a grandes conquistas en materia de trabajo y salario médico.

¿Cuál pudo ser la asignatura pendiente del gremio cuando se sintió urgido de recurrir a la figura entrañable y austera de Juan Carlos Macedo para investirlo como el 67° Presidente del Sindicato?

Todo resulta demasiado cercano para intentar una respuesta definitiva a la pregunta. Pero hay pistas.

Cuando Juan Carlos, quien había permanecido exiliado de mil maneras en Mígues durante veinte años, desembarcó de un taxi un día -no por la mañana- frente a Bulevar Artigas 1515, el gremio médico vivía un momento de singular atomización.

A la separación entre la capital y el interior, se agregaban profundas divisiones entre las especialidades, en función de las respectivas capacidades de presión para conquistar segmentos de la "torta" salarial y otros renglones del PBI destinado a salud. Con o sin conciencia de ello, se acentuaba la contradicción de intereses entre empresarios médicos y asalariados, tanto como entre los multiempleados y los desocupados, o entre los insertos en el mercado laboral y las oleadas de nuevas generaciones sin horizontes.

La propia militancia sindical no era menos, y se balcanizaba al ritmo de su propia reducción y de un pesimismo contagioso, llegando a esa elección de mayo de 1997 con un menú electoral de nada menos que ocho listas.

El resto del país exteriorizaba síntomas por el estilo.

\*

En ese contexto tan especial y desalentador Juan Carlos asumió la Presidencia del Sindicato. Creímos estar eligiendo al clínico generalista, al médico pobre, a un paradigma de modelo de trabajo sustentado en una fuerte inserción lo-

cal, al hacedor de historias clínicas que parecían planas de caligrafía.

Pero en realidad Juan Carlos tomó asiento en el sillón central de la sala de sesiones del Comité Ejecutivo para mostrarnos que habíamos elegido Presidente algo así como a la persona con más capacidad de diálogo de todo el Uruguay.

Y por eso mismo pudo parecer la persona equivocada en el lugar y el momento equivocados. Pero era la persona justa en el momento preciso. Porque toda la gestión de Juan Carlos fue, simplemente, una oportunidad que el gremio médico se merecía y se dio a sí mismo.

Los cuatro años de su Presidencia fueron un llamado a elevar la mira que, más o menos tardíamente, terminará por ser comprendido. "Lo urgente no nos deja tiempo para lo importante", advertía una y otra vez.

Durante cuatro años, disneico y cianótico, obsesionado por lo importante, supo estar al frente de cuantas urgencias fuimos capaces de imponernos como gremio y de asumir para sí las previsibles derrotas.

\*

Se ha señalado con acierto la especial condición de "trabajador de la palabra" como una de las principales señas de identidad de Juan Carlos, no únicamente expresados en su concisa producción poética (era extraordinario presentar su consulta médica).

Si el cuidadoso trabajo de la palabra fue también una característica de su actuación gremial, el manejo de los silencios fue su principal arma y su mayor y más incomprendida enseñanza en tiempos cargados de estériles locuacidades. Juan Carlos enfrentó momentos de caos, canibalismo e insensatez ejercitando su particular mayéutica con el principal argumento del silencio o, contadas veces, del brevísimo comentario críptico.

"Ni siquiera la metafísica, sólo la poesía puede responder a eso", pudo decir, como resumen de algunos dilemas sindicales.

"Entonces quedamos así", expresó antes de retirarse de una reunión multipartita de la salud en la que todos los participantes, como síntoma de una suerte de suicidio colectivo, se empeñaron en hablar de cosas diferentes sin

darse la oportunidad de escucharse.

"Fue como hablar con el Oráculo de Delfos", coincidían dos dirigentes de una institución mutual que habían viajado hasta Mígues buscando un simple *sí* o *no* a cierta cuestión.

\*

Su Presidencia estuvo toda teñida de tolerancia. Admitió y fomentó la diversidad, con hechos, para desconcierto de los arcaicos reflejos sectarios de quienes lo acompañábamos.

Es que, en realidad, alguien tan puro como él, además de pensar dialécticamente, era ecléctico para vivir. No "toleraba" la diversidad, se nutría de ella.

Cosechó el respeto personal de todas las corrientes de pensamiento y fue recibido y escuchado por los más altos jerarcas habituados a no conceder audiencias.

"Si es para el Dr. Macedo, lo veo mañana a la hora que él pueda", respondió un ex-Presidente de la República a una solicitud de entrevista.

Durante su período se desarrolló la Telemática Médica en el Uruguay, pero se ocupó en persona de la compra de los textos hipocráticos para la Biblioteca.

En medio de grandes tensiones y conflictos sindicales encontraba paz jugando al *Culo sucio* con su nieta.

No siéndole en absoluto ajena la oferta en cable de *Fox Sports*, supo atravesar La Habana para encontrar la casa humilde de una poeta que alguna vez leyó, para decirle: "aquí tiene un alma gemela".

\*

El Departamento de Filosofía de la Medicina de la Facultad con que soñó, seguramente tendrá que esperar. Pero algunas señales de la 8° Convención Médica Nacional son un reconocimiento tácito a Juan Carlos. Y el alumbramiento del "Instituto Juan Carlos Macedo" señala que un multicolor grupo de gente ya acepta reunirse para lo *importante*, en el entendido de que es un presupuesto para acertar en la respuesta de lo *urgente*.

Ya era tiempo. Muchos recordamos a Juan Carlos, agotado y desvelado en la madrugada tras maratónicas sesiones, preguntándole a nadie: "¿para quién trabajé hoy?".

Elder Silva

# Juan Carlos Macedo en misión poética

## Alta poesía en Vichadero

La movida funcionaba más o menos así.

El farmacéutico del pueblo salía de su negocio, iba a los comercios, pegaba carteles en las vidrieras, volvía a la farmacia y de allí a la radio, donde, desde una audición propia, llamaba a la población a concurrir a un gran espectáculo artístico, donde la figura estelar sería “nada más ni nada menos que el poeta riverense Juan Carlos Macedo”.

Además del “escritor de Arroyo Blanco” actuaría en el cine de Vichadero, el cantor de Cerrillos, Richard Pérez, un cantor de tangos local, el poeta y cantor Jonhy de Mello y este cronista, ejerciendo de poeta en esa noche.

Desde unos campos en Arroyo Blanco avanzábamos penosamente en dos autos, sobre los escombros de caminos, empeorados por las largas lluvias de aquella primavera de 1997. Juan Carlos observaba el paisaje, ese lugar refractario a esa poesía de “soledad y olvido”, comentaba sobre una batalla de la guerra civil del cuatro, donde los contendientes se aburrían de aquella puja, borrachos y muertos de frío. Luego el cementerio desolado, otros cerros y una ruta (también) empalagosa que nos llevaría con guitarra y versos hasta el cine de Vichadero.

Entretanto el farmacéutico “abayanado” seguía de la radio a la calle y de la calle al cine-teatro, preparando “el evento artístico”, que luego supimos era el primero en un año largo, luego del show de un mago y unos acordeonistas brasileños que habían actuado por allí.

A sala casi llena (“¡Que buena respuesta!”), comentaría Juan Carlos con la mano en el mentón) salió el cantor local, de saco gris y abundante gomina, luego este cronista con unos poemas sobre tierras salteñas, y cerrando el primer bloque, el trovador cerrillano con una hermosa (y celebrada por el público) canción sobre Minas de Corrales. En la parte final, tras larga y elogiosa intervención del farmacéutico, ahora transformado en maestro de ceremonias, Juan Carlos comenzó a decir su

poesía, “esa carrera contra reloj”, según él mismo creía.

La sala en silencio. Yo miraba los rostros de los niños, de aquellos hombres flacos de la frontera y veía como los versos que salían de la boca del poeta, los iban iluminando en lo que podían ser iluminados.

“Hay que acomodar los ojos/ no las cosas,/ y tener, darles confianza/ a los ojos y a las cosas” leía y aquellas cosas iban siendo favorables a la vida, a una comunión entre la poesía y la vida.

Luego del final con la “Polca de los Moirones”, que Juan Carlos celebró especialmente, por aquello de que ese pueblo tiene “tres equipos/ que son dignos de envidiar:/ el Fumaça, el Ventanilla/ y el famoso Yarárá”, la comitiva artística, otros amigos y el farmacéutico (en la madrugada, animador de la peña fronteriza que se armó) rumbo para lo que sería el punto más alto de la noche, un asado en la parrillada del “Negro” Catalino.

El poeta que hace un rato reflexionaba desde la poesía que hay que “*encomendar las cosas/ a las cosas/ y autonomía a los ojos*” y *hay que echarse a ver*”, ahora departía sobre fútbol con el dueño del negocio, un negro grande y afable, con una dentadura que hacía ruborizar hasta a los pianos como diría Dalton. El hombre tenía un hijo jugando en las inferiores de Progreso y soñaba, y Juan Carlos soñaba con él, aunque advertía de los vientos desfavorables en ese deporte.

“Ahora les vamos a dedicar una bonita página de la frontera”, anunció el farmacéutico, marcando más aún las efes y las vés del carimbau riverense. Y agregaba: “si esta página no es de vuestro agrado, prometo irme reculando en chancletas para mi casa”. Y arrancó un acordeonista y luego un cantor, después otro y otro y aquella genuina peña se extendió en competencia desleal con los gallos hasta bien entrada la mañana. En medio de polcas, milongas y maxixas, y a pedido de los parroquianos, Macedo volvió a sus poemas. Era

extraño—como había sido extraordinario antes en el cine—ver como la gente iba entrando a la compleja poesía de este poeta, que no hacía otra cosa que mostrar “la realidad reducida a conceptos”, como había señalado Clara Silva alguna vez.

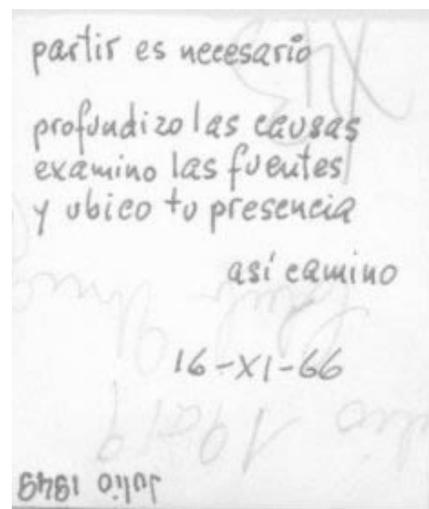
“No me pidas que explique por qué ha salido el sol/ o no ha salido,/ y es la tierra que gira”, leía con voz profunda bajo aquel quincho lleno de humo. Y concluía: “Mejor pregunta por qué con cada día y al borde del bostezo/ despierta la sorpresa./ O ya no lo preguntes, / descúbrela”.

Al otro día, mientras chispeaba un churrasco sobre la parrilla vimos de nuevo el lomo de los cerros lavados una vez más por la garúa displicente de Arroyo Blanco.

Juan Carlos estaba silencioso ahora.

Hablamos del lugar que ocupa la poesía en el mundo, en ese espacio de olvidado donde había nacido allá por 1943, y si bien no recuerdo las palabras exactas, el poeta volvió a sostener que lo único que tiene sentido en la vida es la poesía.

Que la única justicia es la poesía.



El poeta escribió en el revés de la foto de sus padres.

Ana Inés Larre Borges

## Un recuerdo

Este recuerdo será arrasado por el tiempo. O apenas tolerado. O puesto bajo sospecha. Sé que es algo inverosímil y no tengo más pruebas que la complicidad de Ariel Rodríguez o lo que haya creído mi hijo del motivo de aquella peculiar ceremonia.

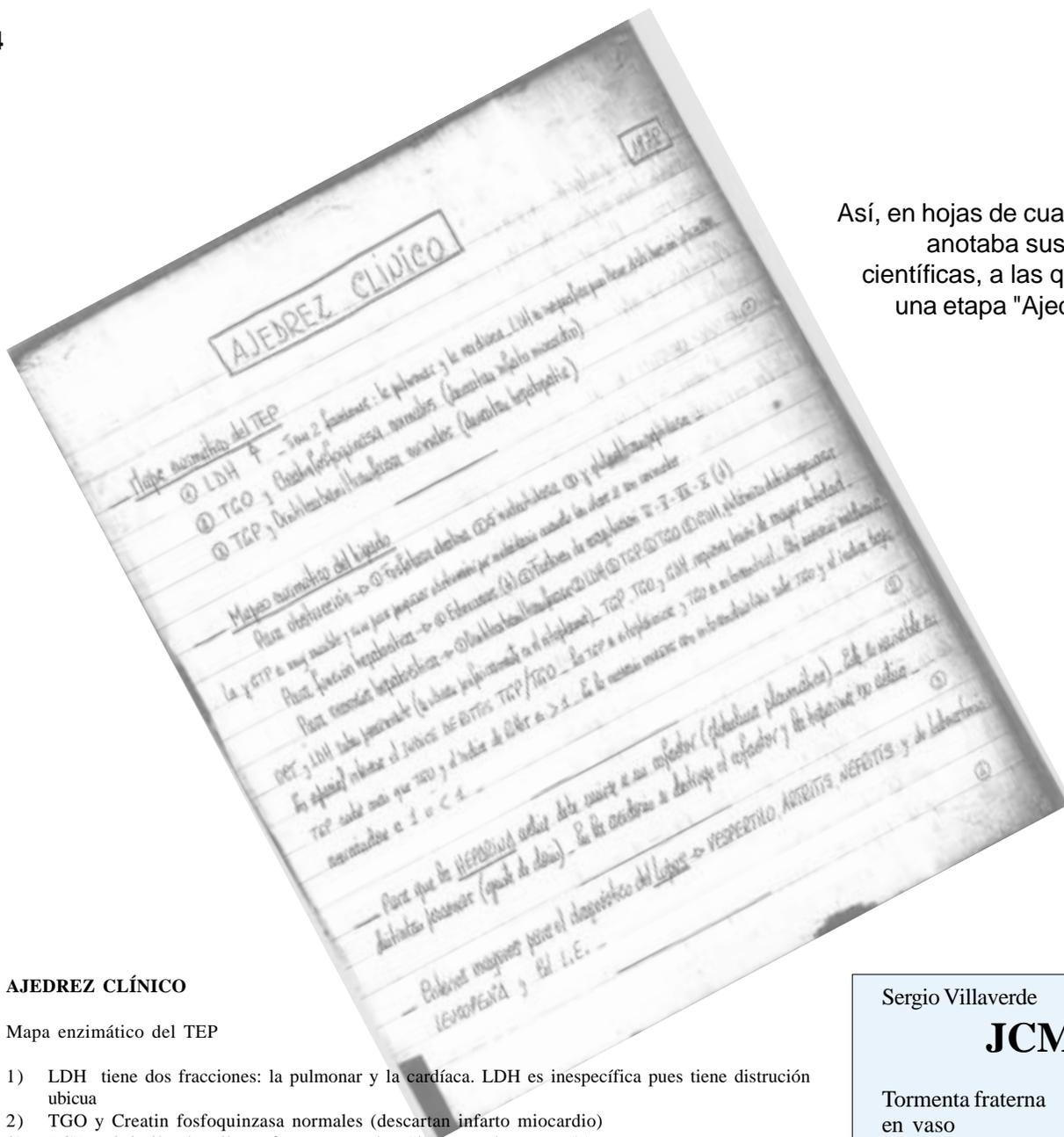
El hecho es aparentemente inocuo: durante un largo invierno, llegaron a casa a cenar, cada miércoles de cada semana, y muy puntuales Juan Carlos Macedo, Manuel Espínola Gómez y un pequeño grupo de otros amigos que incluía a Ariel, a Wilfredo Penco, a Ricardo Vivas. Los imprescindibles, -por razones obvias- eran Macedo y el Peludo Espínola, poeta y pintor, pero los demás casi nunca faltaban. La idea la tuvo Beto Oreggioni, el editor, el anfitrión y quien -por suerte- fue siempre el cocinero de aquellas cenas de interminables sobremesas. El motivo para esas metódicas reuniones era la preparación de un libro conjunto donde Macedo escribiría poemas sobre algunos cuadros de Espínola Gómez. Extrañamente, sin embargo, nunca hablaban del libro. Hubo sí, una vez excepcional en que el Peludo informó que el formato del libro sería octogonal como sus pinturas. "Lo que usted diseñe está bien" -dijo Beto y pasaron a otro tema. (Se trataban de usted). En otra ocasión apareció fugazmente un sobre manila de un amarillo muy pálido, que supuestamente incluía los poemas de Macedo. Beto -sin abrirlo- rotuló con birome el sobre y lo puso aparte. El sobre siguió su destino manifiesto que era perderse en el desorden de la casa. Cuando llegó el momento de iniciar la edición, Macedo volvió a traer sus poemas en otro sobre. No hablaban nunca del libro. He llegado incluso a dudar si los demás convidados sabían que había un plan de edición que justificaba aquellas reuniones. Silenciosamente, sin embargo, la factura del libro imbuía de espíritu, de intelecto y de poesía aquellos encuentros. Era lo más parecido a un salón artístico o literario. Admitamos que sus modales, la improvisada vajilla, la traza de los comensales que muchas veces no se sacaban las boinas para sentarse a una mesa que

olvidaba siempre el mantel, daban un efecto muy poco deciochesco pero absolutamente -ortodoxamente- ilustrado en sus contenidos. No había reglas escritas pero algo inhibía los temas cotidianos o vulgares, lo doméstico, lo anecdótico, también quedaba en la puerta. Mi hijo Martín, entonces un adolescente, abandonaba la tele y los juegos de computadora y se sentaba en la alfombra hipnotizado por aquellos diálogos imprevisibles y socráticos. Quienes dominaban la conversación eran Macedo y Espínola Gómez (a quien mi hijo denominaba irreverentemente "el gordo", menos por su aspecto que por sus actitudes pantagruélicas). Yo también me sentaba en la alfombra, consciente de que aquel rito semanal y fraterno era una isla, un relicario arcaico que aquellos amigos se regalaban mutuamente, un juego manso y levemente lúdico que decía del amor a la belleza y al saber sin falsos pudores. Supe siempre que se trataba de

una especie en extinción. Los tres protagonistas principales ya no están. Ninguno llegó a ver hecho el libro desmesurado e imposible que planearon sin planear y que pudo concluirse gracias a la activa generosidad del doctor Antonio Turnes y otros amigos médicos. Tengo uno de esos bellísimos ejemplares a mi lado mientras escribo estas líneas. Octogonal, sofisticado y raro, nadie creería pudo tener algo que ver con aquellas reuniones invernales, rústicas y heterodoxas. Nada delata ese origen... nada salvo quizá... la poesía. Esa poesía que -Juan Carlos Macedo lo sabía- está en las exigentes palabras pero también en los gestos. Por eso él podía abrir y cerrar un acto profesional o gremial con palabras de Juarroz o de Milán o de Saint John Perse, por eso podía ir junto a Elder Silva a leer versos herméticos y difíciles a Vichadero, por eso el culto a la amistad. Maneras de ser poeta.



Wilfredo Penco, "El gordo", Ricardo Vivas, el poeta y el médico. Foto: Alberto Oreggioni



Así, en hojas de cuaderno, JCM anotaba sus reflexiones científicas, a las que llamó en una etapa "Ajedrez clínico"

## AJEDREZ CLÍNICO

### Mapa enzimático del TEP

- 1) LDH tiene dos fracciones: la pulmonar y la cardíaca. LDH es inespecífica pues tiene distrución ubicua
- 2) TGO y Creatin fosfoquinasa normales (descartan infarto miocardio)
- 3) TGP y Ornitilcarbamiltransferasa normales (descartan hepatopatía)

### Mapa enzimático del hígado

Para obstrucción 1) Fosfatasa alcalina 2 5' nucleotidasa y gama glutariltranspeptidasa

La GGTP es muy sensible y sirve para pesquisar obstrucción por metástasis cuando las otras dos son normales.

\* Para función hepatocítica 1) esterasas 2) Factores de evaluación II, V, VIII, X

\* Para necrosis hepatocítica 1) ornitilcarbamiltransferasa 2) LDH 3) TGP 4) TGO 5) GDH, glutámicodehidrogenasa OCT y LDH suben precozmente (se ubican periéricamente en el citoplasma) – TGP, TGO y GDH requieren lesión de mayor entidad. En especial interesa el INDICE DE RITTIS TGP/TGO. La TGP es citoplasmática y la TGO es mitocondrial, con necrosis mediana TGP sube más que TGO y el índice de Rittis es  $> 1$ . En la necrosis masiva con mitocondriolisis sube TGO y el índice baja acercándose a  $1$  o  $< 1$ .

Para que la HEPARINA actúe debe unirse a un cofactor (globulina plasmática). Este es variable en distintas personas (ajuste de dosis). En la acidosis se destruye el cofactor y la heparina no actúa.

Criterios mayores para el diagnóstico del Lupus: VESPERTILIO, ARTRITIS, NEFRITIS y de laboratorio LEUCOPENIA y Cel. L.E.

### clasificación de las ciencias

ciencias formales: deductivas

ciencias fácticas: naturales y sociales

El conocimiento metacientífico comprende:

- ciencias de la ciencia, discurso científico sobre las ciencias: economía o sociología de la ciencia, etc.
- epistemología (entre ésta y las anteriores existe la misma relación que entre filosofía y ciencias)

Sergio Villaverde

**JCM**

Tormenta fraterna  
en vaso  
de poesía

Tierno ejercicio  
de una ciencia  
conjura absurda  
del dolor y la muerte

Como si fuera posible  
hoy  
conjurar  
este dolor definitivo

Ahora sólo  
versos impresos  
incertidumbre de lo trunco  
misterio de lo inconcluso  
recuerdo

16/11/2002

De modo que la soledad  
resulta un artificio innumerable,  
no tiene cantidad que la resuelva  
ni ciclo necesario:  
aunque fuera el último y seguro  
de las celebraciones del silencio  
igual valdrá la pena,  
el alba preservada,  
acumulado el llano,  
que sea comprendido,  
anticipados  
vencimos las derrotas,  
que no hay suma parecida  
ni tiempo suficiente  
que pueda separarnos.

No acabo la poesía.  
Abro un lugar en el mundo.

El reposo del viento  
no puede describirlo



Igual valdrá  
la pena

Esta separata se publica con la revista Noticias del Sindicato Médico del Uruguay, en homenaje al médico y poeta Juan Carlos Macedo. La edición estuvo al cuidado de Ariel Rodríguez Quereilhac y Fernando Butazzoni, la Comisión de Publicaciones y el Comité Ejecutivo del SMU. Diagramación: María Rosa Pepe. Agradecimientos: Editorial Cal y Canto. Fotografías de Migues: A.R.Q. Fotos de tapa y contratapa: Dr. Antonio Turnes. Editada en Montevideo en el mes de octubre del año 2004.



No hay luz  
sin consecuencias